

LETANÍAS DE SAN JOSÉ



VIGÉSIMO PRIMERA CÁPSULA

Por: Mons. Salvador Martínez Ávila
Rector de la Basílica de Guadalupe

Iniciamos esta vigésimo primera cápsula de las Letanías de san José, en la cual vamos a reflexionar sobre dos invocaciones. La primera de ellas: “san José, esperanza de los enfermos”, y la segunda: “san José, patrón de los moribundos”. Para poder hablar de san José como esperanza de los enfermos, hay que considerar que la esperanza es una de las virtudes teologales. ¿Por qué se les llama teologales? Bueno, en primer lugar, porque indican un modo virtuoso, una forma buena, una costumbre buena de relación con Dios. Con Dios nos relacionamos a través de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor.

La fe, porque Dios que no es totalmente evidente, nos invita a creer en Él. Dios que nos ha prometido la vida eterna, nos invita a esperar en Él, a vivir en la esperanza de llegar a la vida eterna. Y a Dios lo amamos en ese sentido, aunque nuestro amor no sea pleno y perfecto en este mundo, de todas maneras vamos viviendo en atención a Él. También son teologales porque Dios mismo nos capacita para vivirlas. Dios a través del don del Espíritu Santo que se nos entrega en el bautismo, nos capacita para tener fe, para tener esperanza y para amarlo. Así es que la esperanza es una de las virtudes teologales, una de las virtudes que tiene como finalidad a Dios, y como sustento mismo a Dios, y que nos lleva a la relación con él.

Sin embargo también la virtud de la esperanza es una virtud humana y particularmente una virtud que resplandece o se hace muy evidente cuando los seres humanos nos encontramos en circunstancias críticas, en circunstancias adversas, muy difíciles de superar. Es ya múltiple el testimonio de las personas que han sufrido accidentes, por ejemplo una persona que se hundió su barco y queda a la deriva en el mar, o una persona que estaba ascendiendo a una montaña y de pronto le toca una tormenta terrible, o una persona que iba en un avión y el avión aterriza de emergencia en el desierto, en medio del desierto. O que iba de paseo y de pronto perdió el camino y quedó perdida en un bosque.

Muy bien, este tipo de experiencias que podríamos decir son de vida o muerte, hacen que resplandezca la capacidad que tiene la persona de tender, de orientar sus capacidades, de orientar su voluntad en una dirección de vida, en una dirección de supervivencia. Por ejemplo, aquellas personas que tuvieron que aferrarse a una tabla, tuvieron que permanecer en un barco, en un buen bote salvavidas, sin la posibilidad de recibir ayuda. Pero el hecho de que estuvieran constantemente y permanentemente orientando todas sus capacidades a sobrevivir, les dice: eso es esperanza. ¿Por qué? Bueno, porque hay personas que han quedado en unas circunstancias similares, o que fueron compañeros en estas circunstancias y de pronto dejaron de tener la misma orientación.

Otro ejemplo nos lo narra un psicólogo muy famoso que estuvo en un campo de concentración y él lo decía: mientras la persona tiene un sentido, mientras la persona está enfocada, dice, le batalla, cada día nos daban de comer muy poquito, y bueno, pues eso poquito lo comíamos, dice, pero había ocasiones en que él veía alguna persona que había cambiado su comida por un buen cigarrillo, dice: esa persona ya había perdido la esperanza, esa persona ya no estaba enfocada, ya no tenía un sentido para su vida. Y así pasaba, porque si no comían, si un día se quedaban sin comer, era casi inminente la muerte en los campos de concentración.

LETANÍAS DE SAN JOSÉ



VIGÉSIMO PRIMERA CÁPSULA

Por: Mons. Salvador Martínez Ávila
Rector de la Basílica de Guadalupe

En esta circunstancia nosotros podemos pensar: cuando uno está enfermo, uno se encuentra entre vida y muerte. Mal que bien, la gravedad puede ser muy variada, sin embargo, la persona tiene que hacer acopio de sus propias fuerzas, de sus propias cualidades y enfocar hacia un punto la esperanza. Ahora, la persona desde el punto de vista meramente físico, puede ser atendido por los médicos, pero hay otros aspectos: el psicológico y el espiritual, que depende mucho de nuestro mundo interior y también depende de las personas que están a nuestro alrededor, y que nos alientan, nos soportan, nos consuelan en las épocas de enfermedad.

Y este es el sentido de la advocación de “san José, esperanza de los enfermos”. Vemos en él a alguien que nos ayuda, habiendo él mismo pasado por adversidades, nos ayuda a afrontar la adversidad de la enfermedad. Él nos ayuda a enfocarnos en ese aspecto meramente humano de saber decir: bueno, si voy a curarme, pongo todos los medios para curarme. Y si la voluntad de Dios es que no me cure, bueno, pongo todos los medios para alcanzar la vida eterna, acompañado, sostenido, por san José, invocando la intercesión de san José.

Ahora, la segunda advocación es “patrono de los moribundos”, “san José, patrono de los moribundos”. Y en este caso, vale la pena recordar algunos pasajes en los evangelios que nos hacen suponer que san José ya había muerto cuando nuestro Señor Jesucristo inició su vida pública. El Evangelio según san Juan nos narra que Jesús y la mamá de Jesús, los discípulos de Jesús, fueron invitados a una boda, las bodas de Caná, pero nunca nos mencionan a san José. Es un dato muy extraño, porque normalmente en una en una fiesta familiar, en la fundación de una familia, que es la boda, pues se invitaría a las parejas. ¿Por qué se menciona la Virgen sola? Bueno, muchos dicen: esto nos hace suponer que san José ya no estaba presente.

Igualmente, en el momento crucial de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo, a los pies de Jesús nuestro Señor, los romanos solamente permitían que los familiares de los ajusticiados estuvieran al pie de las cruces. Y en este sentido, no se menciona la presencia de san José. Entonces esto hace suponer, y esto ya viene desde las comunidades cristianas más primitivas, la tradición de afirmar que san José murió durante la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo, en aquella etapa en la cual vivieron en Nazaret, y que la iconografía, las representaciones pictóricas de la muerte de san José, siempre nos lo ponen en compañía de María y de Jesús.

Así es que se antoja verdaderamente una forma de morir, pues muy privilegiada. San José, asistido, acompañado, consolado, sustentado por su hijo Jesús, por la Virgen María, su esposa. Y en este sentido es que nosotros podremos comprender por qué se le llama patrono a san José de los moribundos, porque quisiéramos en buena medida, que la muerte de cada uno de nosotros, se pareciera en el sentido de estar acompañados, de estar sustentados por la Virgen y por Jesús Nuestro Señor, como él murió. Por supuesto que también interviene el aspecto de acogernos a su intercesión, ya que él murió como varón justo, murió dentro de la comunión con María y Jesús, pues también nosotros quisiéramos estar en comunión y morir en comunión con la Sagrada Familia. Por eso es que se llama a san José, patrono de los moribundos.

Espero que esta cápsula en la que hemos meditado a propósito de estas dos advocaciones: san José, esperanza de los enfermos y patrón de los moribundos, nos ayude a desarrollar una devoción hermosa, bonita con san José.